

EPISODIO DONOSTIARRA

UN GENERAL Y UN MIQUELETE

El incidente fué comentado en toda España.

Se estaban practicando las obras del actual puente de Santa Catalina.

El tránsito se efectuaba por el viejo, se hacía con toda precaución por el mal estado en que se hallaba el puente á consecuencia de los años.

Sin más preámbulos vamos á presentar el asunto.

Personajes: Un general, un ayudante, un miquelete, otro miquelete.

Un día se hallaban de guardia, al servicio de la provincia, en el puente de Santa Catalina, dos miqueletes que a las mil maravillas cobraban los derechos de carruajes, carros, bueyes, caballos, etc., conforme al arancel que señalaba la Diputación de Guipúzcoa.

Nunca ocurrió en el puente ninguna cuestión por cosas administrativas. Quien tenía que pagar algo daba los cuartos y... paz y concordia. Como siempre, la administración vascongada, lo mismo ayer

que hoy, ha sido recta y justa. Lo mismo con pequeños que con grandes, con unos que con otros.

Adelante.

Eran las diez de la noche é iban á entrar al galope dos coches sin luces en el puente de Santa Catalina.

En sus puestos se encontraban vigilando dos miqueletes, cuyos nombres precisa consignar: Luis Munarriz y Juan Miguel Gorostidi, este último más conocido por el apodo «Amezqueta».

—Oye, Munarriz, se acercan coches sin luz.

Contestando el compañero:

—Observo perfectamente.

—Pues nada, cumplamos nuestras órdenes.

Efectivamente, se acercó el primer carruaje hacia el fielato provincial y Gorostidi con el arma en la mano se echó á las bridas de los caballos y paró el coche.

—¡Qué, qué ocurre!—gritaron desde el interior del coche.

—¡Alto á los miqueletes!—exclamó Gorostidi—tiene usted treinta reales de multa ...

-Por qué? . .

-Porque el carruaje va sin luz.

-Pues no pago; cochero, adelante—gritó el que ocupaba el coche.

En el momento, el miquelete Gorostidi iba á disparar su fusil contra el que dijo no pago, pero, gracias á la oportunidad de su compañero Munarriz, que le agarró del brazo, no disparó el arma de Gorostidi.

A los pocos instantes, llegaba otro carruaje, también sin luz y al galope.

—¡Alto á los miqueletes!—gritaron Gorostidi y Munarriz, sujetando de la brida á los caballos.

Paró el carruaje, y asomando medio cuerpo desde In ventanilla, lanzaba con furia este diálogo:

—Cochero; ¡qué ocurre! por qué para el coche!

—¡Alto á los miqueletes!—contestaron éstos.

—Pero por qué—gritó el personaje del coche.

—El coche va sin luz y tiene multa!

Pues bien, venga el arancel.

—Sí, señor, aquí tiene usted.

—Bueno, multa de treinta reales.

—Sí, señor, —contestaron los miqueletes.

—Pues mañana haré efectiva esa cantidad.

—A la orden de usted, caballero—en estos términos saludaron los miqueletes Gorostidi y Munarriz...

*
* * *

Pasó un día, y el segundo también y nadie aparecía á hacer efectiva la multa.

Pero al obscurecer del tercero, se acerca á pasar por el puente de Santa Catalina un coche.

Conocido el carruaje por los miqueletes Gorostidi y Munarriz, detuvieron el coche con las armas en la mano, al grito: ¡Alto á los miqueletes!

En el instante se abre el coche y baja escandalizada una persona, que, poniéndose frente á los miqueletes los apostrofó, de arriba á abajo.

—Ea, qué se pretende, qué queréis...!

—Cobrar la multa—contestaron los miqueletes.

—Cómo; vosotros sois unos miserables, tened en cuenta que hablais con el capitán general, yo no pago nada, ni multas, á mí hay que, respetarme...!

Y en el momento en que pronunciaba estas frases, acercándose al miquelete Munarriz el capitán general, le daba un golpe en el torso.

Visto esto por el miquelete Gorostidi, caló la bayoneta y exclamó:

—Nosotros somos guardadores de los intereses de Guipúzcoa; usted para nosotros no es nada; únicamente es una persona particular. Yo en este lugar soy un miquelete que Guipúzcoa me confía. Tenga usted cuidado, no eche un paso más adelante, tengo la bayoneta puesta en el fusil, y si continúa usted en ese sentido! estoy dispuesto á pasarle de frente...!

—¿Qué dices, insolente, cómo te atreves á soltar esa palabrería ante un capitán general?

Y por un ademán del capitán general, la boina de Gorostidi rodó por los suelos, y el miquelete, dispuesto á todo: «¡Ni un paso más!» dijo, y lanzó un impetuoso golpe de bayoneta al frente del general; pero éste, sin pérdida de tiempo, pudo ganar el coche, y puede decirse que aquel día nació por segunda vez.

Las personas que presenciaron el episodio rodearon al miquelete Gorostidi y todo el mundo se ofreció como testigo por si sobrevenia alguna causa.

Si á Napoleón I le ocurre este caso, el emperador le ofrece su mano, y lo menos con toda seguridad asciende á alférez al soldado humilde.

Guipúzcoa, todo el país vasco, toda España. cuando llegó á todas partes la noticia de este incidente, en todas partes se comentó favorablemente al miquelete Gorostidi.

Urdampilleta, Arana y otros muchos felicitaron por su comportamiento al miquelete del asunto.

La Diputación foral, que residía en Tolosa, celebró é hizo constar el hecho.

Nada, que el capitán general marqués de la Habana, excelentísimo señor don José Gutiérrez de la Concha, hizo efectiva á la Excm. Diputación de Guipúzcoa, con todo respeto, la multa ampliada del episodio del puente de Santa Catalina.

*
* *

Allá, por los cubiertos de la Casa de Beneficencia, pasea un asilado, un hombre á su manera pensador sin duda; frisa por los setenta años; no tiene á nadie; es solo, solo, vive con lo que le presta la caridad oficial. Es él, el mismo, viejo y achacoso hoy, valiente y arrojado ayer, acostumbrado en su tiempo á vivir entre las balas... etc. Es el mismo, es el personaje de estas líneas; es el miquelete honrado y valeroso, es Juan Miguel Gorostidi «Amezqueta».

F. LÓPEZ ALÉN.

